

JESUCRISTO, EL FUNDAMENTO DE LA IGLESIA

Por Ricardo Vivas Arroyo

LA REALIDAD DEL FUNDAMENTO

Todas las iglesias cristianas saben y aceptan que la piedra angular de la iglesia, su fundamento, es Cristo. Lo que muchas veces pasa, es que por ignorancia, en la práctica no están funcionando como casas edificadas sobre lo que Cristo debe ser como Verdad doctrinal que sustente en manera estable el edificio, de modo que nada lo mueva, que permanezca y resista el embate de las lluvias (juicios de Dios), de los vientos (ataques del diablo), de los ríos (ataques de la gente), y permanezca, porque tiene un sólido fundamento sobre la Roca (las palabras de Cristo llevadas a la práctica) (Mt. 7:24-27, 1 Co. 2:4-5).

Uno de los esquemas que la Biblia nos presenta para conocer a Cristo como fundamento es de doce cosas. Cuando Dios quiere establecer algo firme, se vale de doce principios: Israel tuvo doce hijos que fueron los patriarcas, de los cuales se levantaron las tribus que constituyeron la nación de Israel (Gn. 49:28). El pectoral del Sumo Sacerdote tenía doce piedras preciosas (Ex. 28:17-21).

La ciudad de Jerusalén, la cual escogió Dios para poner en ella su Nombre y constituirla como centro de su adoración y servicio, tuvo doce puertas de acceso (Neh. 3, 8:16).

El Señor escogió a doce discípulos para iniciar su más gloriosa empresa, a los cuales llamó apóstoles (Mt. 10:1-5).

La Nueva Jerusalén también tendrá doce gemas de fundamento (Ap. 21:19-20).

En la historia de Israel hay doce montes especiales y la Biblia dice que sus cimientos están en montes de santidad (Sal. 87:1), y compara a la gente madura con los firmes montes alrededor de Jerusalén, además dice que “así es Dios alrededor de su pueblo desde ahora y para siempre” (Sal. 125:1-2). En la Historia de Israel hay doce montes clave, en cada uno de ellos se pueden identificar los mismos principios que estudiaremos; siendo Israel una figura de la iglesia, nos muestra cómo Dios trabaja en su pueblo los mismos principios.

Cuando Israel peregrinó rumbo a Canaán bajo la nube, pasó durante 43 jornadas por 12 desiertos, que prefiguran doce disciplinas a las que Dios lo sometió, para establecerlo en estos doce principios, los cuales le permitirían estar en capacidad de conquistar y poseer la tierra prometida.

En el evangelio de San Mateo, que va dirigido en especial a los judíos, se registran 12 parábolas del reino, en cada una de ellas, se muestra con profunda sabiduría, los mismos principios que vamos a estudiar.

Así que nos ceñiremos al esquema que Dios nos muestra en las Escrituras, doce principios fundamentales, los cuales nos enseñarán, cómo Dios establece a cada iglesia para que sea su casa en esta tierra. Este fundamento es Cristo mismo, puesto en cada iglesia local por el Espíritu Santo mediante los apóstoles (1 Co. 3:9-11, Ef. 2:20-21, 1 Co. 13:13).

TRES APOSENTOS ALTOS

En el Nuevo Testamento hay sólo tres aposentos altos donde Dios reunió a unos pocos para enseñarles cosas muy íntimas, principios que les permitieran establecer a la iglesia como su reino permanente, eran como tres lugares de la casa de Dios que no estaban accesibles a todos, pero que Dios quería y quiere compartir con sus ministros para que lleven a cabo su obra. Una recámara nos habla de intimidad, representa el corazón, porque sólo se le puede abrir a alguien, si primero se le ha abierto el corazón. La primera, antes de su crucifixión y las siguientes en forma espiritual después que ascendió a los cielos, en cada ocasión sembró diferentes principios fundamentales que emanaron de sus entrañas.

Él partió el pan con la multitud, dos veces lo multiplicó para alimentar a tantos que perseveraban con Él; pero cuando se acercaba la hora final, con gran anhelo se separó para tener una reunión íntima con sus doce amigos y esto en un aposento alto escogido en especial para ello (Mt. 26:17-20, Mr. 14:12-16, Lc. 22:10-16, Jn. 13:1).

En el primer aposento alto, Cristo participó de la Pascua sólo con sus doce escogidos, fiesta de la independencia israelita; después de cenar les lavó los pies dándoles una lección de humildad para servir con eficacia, y posteriormente estableció el sacramento con el que se debería recordar su sacrificio hasta su retorno, “La mesa del Señor” o “Santa Cena” como se le conoce. La palabra clave de lo que esa noche el Señor compartió con sus discípulos es **Amor**. El amor está simbolizado en el pan y el vino, es el amor el que lo trajo al mundo y el que le llevaría a la cruz. Este amor divino sembró en ellos cuatro principios fundamentales que más adelante veremos, cuando volvamos para considerar los detalles de lo que aconteció en esta primera recámara de la casa de Dios.

Un segundo aposento alto en el cual se dio esa gloriosa intimidad con el Señor, fue el de Pentecostés (Hch. 2:1-4). Cristo había pedido a sus discípulos que asentaran en la ciudad de Jerusalén, hasta que fueran investidos con el poder de lo alto (Lc. 24:49); no podían empezar la Gran Comisión sino hasta que recibieran el bautismo con el Espíritu Santo. Esos diez días fueron de espera, de reposo, empleados en la oración; fue un tiempo en el que debían permanecer unánimes (de un alma) y juntos (físicamente). La palabra clave de este aposento es **Esperanza**. De la misma manera que el amor, la esperanza tiene cuatro principios que Dios les enseñó durante ese tiempo de espera, más tarde volveremos a este aposento para conocerlos.

El tercero se encontraba en Troas (Hch. 19), el apóstol Pablo ministró a aquella iglesia largamente durante el día y la noche de aquel último domingo que estaría con ellos, después de una intensa semana de enseñanza con toda la iglesia. La Biblia nos narra que un muchacho llamado Eutico, vencido por el sueño, cayó de la ventana y se mató al estrellarse contra el piso. La palabra clave de aquel tiempo de intimidad es **Fe**, pues Pablo dio una palabra de fe y sin esperar que algo visible pasara, se subió al aposento alto para reanudar la reunión, que se alargo hasta el amanecer. La fe tiene también cuatro principios fundamentales que identificaremos cuando estudiemos lo que pasó en ese tercer lugar de intimidad especial con Dios.

TRES HOMBRES CLAVE

Podemos ver otra hermosa figura de estos fundamentos, de todos los que salieron de Egipto sólo tres personas entraron a la tierra prometida: José, Josué y Caleb, los demás murieron y fueron enterrados en algún desierto, incluyendo a Moisés.

José indiscutiblemente es figura de Fe, ya que él entró a Canaán 400 años antes que todos, poseyó la tierra por fe, por eso pidió a sus hermanos que cuando Dios los visitara se llevaran sus huesos y los enterraran en la tierra que heredarían (Gn. 50:24-25, Ex. 13:19). Así es la Fe, la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que aún no se ve (He. 11:1-2). Para la Fe las promesas son realidad hoy, cuando ya se mira algo ya no se requiere Fe (2 Co. 5:7). José se les anticipó a todos por Fe y poseyó su herencia, sus huesos entraron después, junto con los conquistadores.

Caleb entró a la tierra prometida a través de Esperanza (Nm. 14:24), tenía 40 años cuando salió de Egipto, peregrinó por otros 40 con el pueblo rebelde, vio morir poco a poco a todos los que habían salido de Egipto (Dt. 2:14), y a pesar de tantos años, cuando participó en la conquista, testificó que se sentía como si no hubiese pasado todo ese tiempo. La Esperanza consiste en saber resistir el paso del tiempo sin que decaiga el ánimo (Jos. 14:6-12), perseverando hasta poseer; nada la mueve de la visión, aguanta con paciencia hasta el cabo. Caleb estaba tan fuerte a los ochenta años como cuando tenía cuarenta, porque esperaba poseer lo que Dios le había prometido. Así exactamente es la Esperanza, el tiempo no la afecta.

Josué prefigura el Amor, porque como criado de Moisés, peregrinó todos los desiertos, pudo conocer la dureza del pueblo, y su corazón fue preparado para llegar a ser el pastor de aquellos que una vez lo quisieron apedrear. Como tal debía llevar la carga y ayudar a un pueblo difícil e ingrato, al que sin embargo amó, al grado que no peleó por su propia herencia, sino por la de su gente. Josué representa al Amor que todo lo soporta, porque todo lo cree y todo lo espera (1 Co. 13:7).

UNA LABOR APOSTÓLICA

Otro aspecto interesante de notar, es que Pablo, como apóstol, tenía la encomienda divina de establecer a las iglesias locales sobre la Roca, por lo que siempre estuvo atento a estos tres puntos, como se puede apreciar en sus epístolas (Ro.5:2-5, 15:13, 1 Co. 13:13, Ef. 1:15-18, Col. 1:4-5, 21-23 y 2:2; 1 Ts. 1:3, 5:8-11; 2 Ts. 1:3-4, He. 6:10-12).

El apóstol Pedro también ministró estos tres aspectos a las iglesias bajo su cobertura (1 P. 1:20-21), para enseñarlos tomó una profecía del Antiguo Testamento que muestra a Cristo como el fundamento de Sión, figura de su Iglesia (1 P. 2:6, Is. 28:16):

“He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; y el que creyere en ella, no será confundido.”

Cristo es la principal piedra del ángulo, no Pedro como algunos pretenden, porque él mismo así lo predicó (Hch. 4:8-12), confirmando que cuando recibió la revelación de que “Cristo es el Hijo del Dios viviente”, esta verdad era la Roca fundamental sobre la cual el Señor edificaría su poderosa Iglesia (Mt. 16:16-18). La primera característica de

esta Roca es que es “la principal piedra del ángulo, de cimiento estable”, lo cual representa al amor que todo lo puede soportar. “El que creyere en ella”, nos habla del fundamento de fe; y el “no se apresure”, o, “no será confundido”, como dice en Isaías, nos habla de la esperanza viva que nos sostiene y nunca nos avergüenza (Ro. 5:5).

La fe de Cristo es piedra de fundamento, esto es mucho más que un concepto o una frase teológica; es una realidad. Por medio del apostolado cada iglesia local debe ser establecida en ella (2 Co. 1:24, Ro. 11:20, Col. 2:4-7, 1 Ts. 3:2). La Fe dará firmeza al edificio espiritual (1 Co. 13:13, Ro. 4:20-22). No es nuestra fe, es la Fe de Él que nos fue dada, sobre la cual debemos crecer (Ef. 3:12, Hch. 3:16, 17:31). Nada nos turbará ni nos hará titubear porque podremos decir: “Yo sé en quien he creído.” Tener fe en su bendita Palabra es fundar la casa sobre la Roca (Lc. 6:46-48).

La esperanza obra junto con la fe y nos da estabilidad a través de las pruebas, es el ancla firme del alma que la asegura desde el mismo cielo (He. 6:18-19) y que nos introduce al tiempo de Dios. La esperanza asegura el futuro porque se alimenta de él (1 Jn. 3:3), se anticipa con gozo y disfruta desde ahora lo por venir (Ro. 8:24-25); porque desde ahora es “Cristo en nosotros la esperanza de gloria” (Col. 1:27).

El amor es un sólido fundamento que nos sostiene (Ef. 3:17-19), es la base que “todo lo sufre, que todo lo cree, que todo lo espera, que todo lo soporta... nunca deja de ser” (1 Co. 13:7, 8, 13); es la principal piedra del ángulo. Escucha bien lo que digo: Dios no tiene amor... Él es amor (1 Jn. 4:16). Recuerda también que San Pablo afirma que la fe obra por el amor (Gá. 5:6).

Compendiando podemos decir que éstas son las tres recámaras en donde Cristo tiene intimidad con su Iglesia, los tres aposentos altos del Nuevo Testamento. El fundamento de la casa de Dios es Cristo, el cual se manifiesta mediante fe, esperanza y amor. Los cuatro principios de cada una de estas virtudes dan un total de doce. Es mediante el apostolado que la Iglesia en general y las iglesias locales en particular, son establecidas en Cristo, es decir, sobre estos doce principios fundamentales que Cristo enseñó.

LA RECÁMARA DEL AMOR

“Antes de la fiesta de la Pascua, sabiendo Jesús que su hora había venido para que pasase de este mundo al Padre, como había amado a los suyos que estaban en el mundo, amólos hasta el fin.” (Jn. 13:1).

Este es el corazón del primer aposento alto —dijo con firmeza—. Jesús amaba profundamente a los suyos, y ese amor lo llevó a la cruz por ellos; “les amó hasta el fin” no significa que su amor terminó con su muerte, ya que el amor nunca deja de ser, sino que le llevó a morir para consumir su propósito.

Una vez una persona me dijo que no podía creer en un Dios de amor mientras en la tierra hubiera guerras, hambres e injusticias; mientras unos mueren de hambre otros derrochan fortunas en placeres. Le contesté que el mundo estaba de cabeza por el pecado, y que era el egoísmo humano como el suyo, la causa de todos sus problemas. El pecador, le dije, se trata de disculpar echándole a Dios la culpa de sus errores. Mas el amor de Dios quedó demostrado en la cruz del Calvario: “Dios encarece su amor para con nosotros, en que siendo aun pecadores, Cristo murió por nosotros” (Ro 5:8). Cristo

es el amor de Dios manifestado a este mundo perdido, y la cruz del Calvario es la manifestación de su gloria más excelente.

El Señor transmitió en la alcoba del Amor lo que sentía por los suyos y la razón por la que iba a morir. Lo primero que les mostró fue que el amor es sumiso, por la forma en que Él se sometió al Padre hasta morir (Fil. 2:5-8); Él era Señor y Maestro y tenía a su disposición todas las cosas, sin embargo, como si fuera un esclavo, se ciñó la toalla y lavó los pies de sus discípulos (Jn. 13:3-15); Pedro se resistió, pero el Señor le dijo con el ejemplo, que amar es servir a los demás. ¿Para qué le había dado el Padre todo en sus manos? Para ministrarlo a los demás y cumplir así su voluntad. El corazón sumiso de Cristo era una evidencia de su amor por su Padre. La sumisión es el primer principio del amor práctico que fundamenta la vida cristiana: “Como yo os he hecho, vosotros también debéis hacer.” Cristo pide sumisión en amor. “El siervo no es mayor que su Señor”, les dijo, llamándoles siervos y constituyéndose su Señor, y como tal, les dio un nuevo mandamiento, que consiste en amar con la misma intensidad con que Él los amaba, esa sería la manera de identificarse como sus discípulos (Jn. 13:34-35). Cristo les recalcó que el amor se ve en el grado de sumisión que le manifestamos al guardar su Palabra (Jn. 14:23-24) y el resultado será que more en nosotros, que se manifieste desde nosotros, eso es lo que nos hace servidores fieles: El amor se demuestra por nuestra **Sumisión al Señorío de Cristo**.

Un segundo principio de amor que el Señor les mostró aquella noche de Pascua, fue el de dar, pues el amor se da sin reservas. Las condiciones que la gente pone para seguir a Cristo, son muestra de que su amor por El no es lo suficientemente grande. Cristo les dijo: “Nadie tiene mayor amor que éste, que ponga alguno su vida por sus amigos.” (Jn. 15:13). Un amigo es alguien al que se está ligado con amor filial, al que se ama con toda el alma. Cristo les explicó que el amor espiritual es sacrificial y ese es el mayor amor, pero al mismo tiempo, les expresó que eran sus amigos, es decir, que el amor espiritual le movía para darse como ofrenda al Padre, porque los llevaba en el corazón; tal y como el sumo sacerdote llevaba los nombres de los hijos de Israel, tanto en los hombros como en el pecho, el día de la expiación.

Esa noche fue una noche de entrega, se estaba cumpliendo la palabra, que daría su carne y su sangre por amor del mundo (Jn. 6:51). El dijo: “Tomad, comed, esto es mi cuerpo que por vosotros es dado... Tomad, bebed, esto es mi sangre que por vosotros se derrama” (Lc. 2:19-20). El pan y el vino son símbolos de amor, que nos permiten recordar su entrega total; su amor sacrificial y apasionado lo llevó a darse sin reservas. Así nos amó y así espera que nosotros le amemos. **El dar de Cristo**, es el segundo principio del amor que nos establece. Le amamos como una respuesta a su entrega de amor, nos damos a El y a su causa, porque Él nos amó primero y se dio sin reservas a nosotros (1 Jn. 4:19). El aposento alto de la Pascua fue una declaración de amor de Cristo a su amada Iglesia al darse por ella, y como todo enamorado, espera ser correspondido con la misma intensidad. La medida de nuestro amor es nuestra entrega diaria, lo cual le demuestra que somos suyos, que estamos a su disposición sin condiciones ni limitaciones. Si estamos fundados sobre la Roca nada nos moverá.

El tercer principio fundamental del amor se los enseñó al mostrarles que sufriría injustamente, les dijo que el mundo lo aborrecía y lo desechaba y que a sus discípulos les sucedería lo mismo (Jn. 15:18-25), pero les aclaró que sufrir la burla y el menosprecio de los demás no significa derrota, sino que es precisamente la manera en que el amor triunfa sobre el dolor y la adversidad (Jn. 16:33). **Llevar el vituperio de**

Cristo es la tercera evidencia de que estamos establecidos en su amor (He. 13:11-13). Disposición a sufrir por Cristo es una medida de nuestro amor, porque el amor todo lo sufre. El que ama considera un privilegio cuando tiene que sufrir por el ser amado (Hch. 5:40-41).

He visto a mucha gente quejarse de que les va mal desde que son cristianos, mas el que aprecia el amor de Cristo considera un privilegio sufrir por Él y se sabe bienaventurado (Mt. 5:10-12, 1 P. 4:12-16, 1 Ts. 1:6, Fil. 1:29-30). Un cristiano estable es aquel que está dispuesto para lo peor, porque sabe que es la manera de asegurar lo mejor (Jn. 12:25, Mt. 10:39, Lc. 14:26). El camino al trono pasa por la cruz, reinar con Cristo viene después de padecer juntamente con Él (Ro. 8:17-18, 2 Ti. 2:11-12). Llevar el vituperio de Cristo es una evidencia más del amor como fundamento de la vida del creyente y de la Iglesia. Una vida comprometida por amor está siempre dispuesta al sacrificio, ama hasta las últimas consecuencias. Sufrir injustamente es privilegio de los cristianos que aman a Dios más que a sí mismos (2 Ti. 3:12).

El cuarto principio fundamental del amor es muy dulce, es la unidad que forma el pámpano con la vid, Cristo dijo: “Yo soy la Vid, vosotros los pámpanos, separados de mí nada podéis hacer” (Jn. 15:1-3). El Señor tenía una intimidad maravillosa con su Padre amado, nunca se sintió solo, ni en los momentos más difíciles (Jn. 16:32). Siempre comunicó con su Padre y Él siempre le respaldó. Esa noche les enseñó el valor del amor a través de la comunión íntima. El quiere comunión con cada uno de sus hijos. El amor se manifiesta por un intenso deseo de estar con el ser amado, lo llena todo; cada conversación gira a su alrededor, todo se realiza con el pensamiento de agradarle, lo que más se anhela es su compañía. Alguien enamorado sufre la ausencia y disfruta los tiempos de intimidad. Este cuarto principio del amor es: **Unión con Cristo**. Cuando hay más amor hay más anhelo de intimar con el ser amado.

El amor es la mejor prueba de lo inexplicable de Dios, porque es suficiente razón para no requerir explicaciones, basta con saber que nos ama para confiar en Él; por eso es que “el que a Dios ama entiende todas las cosas”. El amor es la fuente de la revelación divina (1 Co. 2:9-10), es la fuerza de la edificación (1 Co. 8:1), la esencia del poder divino (1 Co. 13:1), lo que sustenta la vida (1 Co. 13:2), y el motivo de sus obras (1 Co. 13:3). Si el amor nos llena es Dios quien nos llena (Ef. 3:19), porque “Dios es amor, y el que vive en amor vive en Dios, y Dios en él (1 Jn. 4:16)...

El amor no es fundamento cuando se comprende con la mente, sino hasta que se experimenta de estas cuatro maneras; no se puede aprobar sin haber sido probado; sólo es fundamento lo que puede sostener todo el peso del edificio de Dios, que es su iglesia.

LA RECÁMARA DE LA ESPERANZA

La esperanza nos coloca en el tiempo de Dios, es un ingrediente indispensable para madurar. Ésta es como un telescopio capaz de mostrarnos la lejana playa a la cual nos dirigimos; a veces el mar está agitado y el cielo se oscurece, mas la esperanza puede gritar desde lo alto del *palo mayor* de nuestro *barco*: ¡Tierra a la vista! Infundiendo el ánimo necesario para luchar contra la *tormenta*, y poder alcanzar la *playa* segura de la voluntad de Dios.

Ninguna futura mamá se me ha acercado para pedir que ore porque su bebé nazca antes de tiempo, al contrario, siempre piden oración para que llegue a los nueve meses, porque saben que es lo mejor. Esperanza es la clave para madurar; es el balance entre la entrega del amor y la audacia de la fe; es la sabiduría de Dios para encauzar el ímpetu del amor y la ilimitada potencia de la fe, a fin de que se logren totalmente los propósitos de Dios. Yo digo, “todo es precioso cuando es preciso”, Salomón decía, “todo es delicioso en su tiempo” (Ec. 3:11).

El cristiano maduro siempre es oportuno, redime su tiempo y por ello puede cumplir la voluntad de Dios (Ef. 5:15-17), su clave es la esperanza. Por esa causa Cristo dijo a sus discípulos: “**Asentad** en la ciudad de Jerusalén, **hasta que** seáis investidos con poder de lo alto” (Lc. 24:49). Es el aposento alto en donde tuvieron que esperar para ser llenos del Espíritu Santo, la recámara de la esperanza, del reposo que mortifica el entusiasmo humano para liberar la vida en el Espíritu y que tuvo su cumplimiento el día de Pentecostés. No podían predicar ni realizar otras actividades relacionadas con la Gran Comisión, hasta que Dios les cumpliera esa promesa especial; lo único que podían hacer era orar. De más de quinientos hermanos sólo ciento veinte perseveraron en ello y todos fueron llenos de la virtud de Dios (Hch. 1:13-14).

No lo olviden: La esperanza mortifica la fuerza humana para liberar la potencia divina. Esperar es más difícil que actuar. La empresa por realizar era muy grande, por eso mismo tenían que aprender a depender de Dios para llevarla a cabo. El primer principio de esperanza es: **No apresurarse**, las cosas hechas deprisa no tienen la calidad que Dios espera, porque son hechas con el esfuerzo humano (Pr. 19:2, 21:5). No apresurarse te lleva a depender del Señor, frena tus ímpetus para hacerte avanzar con la seguridad de hacerlo en su virtud, porque te introduce al tiempo de Dios. El reposo de Dios es madurez, es cesar de nuestras obras para poder moverse en las obras de Dios (He. 4:9-11). Si trabajamos en nuestras fuerzas Dios reposa, si reposamos en esperanza Él trabaja en nosotros y con nosotros.

Cuando ellos reposaron, el lugar donde estaban **sentados** en esperanza se sacudió, y todos fueron llenos del Espíritu Santo (Hch. 2:1-4); con esto Dios les enseñó el segundo principio de la esperanza, que es: **Derramamiento del Espíritu Santo**, la potencia de lo alto prometida; la virtud que viene sobre aquellos que quieren depender de Dios en todo. En el libro de *Los Hechos* vemos cómo los discípulos en todo momento se volvían a Dios para reabastecerse de poder, Dios derramaba nuevamente de su Santo Espíritu para mantenerlos siempre llenos (Hch. 4:29-31); por esa causa es que la iglesia caminaba eficazmente en el cumplimiento de su célico cometido (Ef. 5:18).

Al recibir el bautismo con el Espíritu Santo, comenzaron a **hablar en otras lenguas**, era algo extraordinario, sobrenatural, era como recibir el número confidencial de acceso al *teléfono* celestial, porque estaban recibiendo la habilidad para orar acerca de cosas espirituales más allá del entendimiento natural (1 Co. 14:14), la habilidad para hablar a Dios en clave (1 Co. 14:2, Ef. 3:20); para adorarle y magnificarle (Hch. 2:11, 10:46). De hecho hay doce propósitos que se cumplen cuando somos fieles en adorar a Dios en otras lenguas¹. Las lenguas son como el *gatillo* del Espíritu que *dispara* el poder que obra en nosotros; es la manera de andar en el Espíritu de aquellos que han nacido del Espíritu (Gá. 5:25). Las lenguas, como principio fundamental de la Esperanza, son básicamente para orar (1 Co. 14:2), nos permiten interceder en el Espíritu conforme a la

¹ Orar en lenguas trae al creyente doce beneficios. El estudio se encuentra disponible por separado.

voluntad de Dios (Ro. 8:27), así como remontar el vuelo sobre las circunstancias para ocupar nuestro sitio en los lugares celestiales, es como el reposo del águila, que con las alas extendidas se deja conducir por el viento, hasta remontar las nubes de la tormenta de la vida natural.

Si esta iglesia es establecida en Esperanza, dependerá de Dios, y Él dará a su tiempo lo que tiene dispuesto para cada uno, levantará de aquí los cinco ministerios, de hecho lo está haciendo, y un día no muy lejano gente de la iglesia podrá iniciar y edificar otras iglesias locales en diferentes lugares. Dios multiplicará su obra desde este lugar, porque ahora lo está estableciendo. Esperanza nos llevará por un sendero de poder. Los jóvenes, aunque fuertes son frágiles, la Esperanza los hará resistentes, poderosos, maduros, estables...

No apresurarte te permitirá mirar a tu Señor y sus recursos celestiales. Al reposar en Él recibiste el Espíritu Santo y puedes adorarle en otras lenguas para cumplir tu sacerdocio y ser su testigo; perseverando en ello verás el cumplimiento práctico del cuarto principio de la Esperanza que es: **Testificar con poder**. Nadie se convirtió por las lenguas, pero éstas fueron por señal a la gente, que se reunió (1 Co. 14:22); prepararon el terreno para que el apóstol Pedro, lleno del Espíritu Santo, tomara sus llaves y abriera la puerta para que miles de personas reconocieran a Cristo como su Salvador personal e ingresaran a su reino (Hch. 2:14, 36-41).

Si alguno de estos cuatro principios falta, la esperanza no nos sostendrá como es necesario, será fácil caer en la tentación de intentar las cosas de Dios con nuestras fuerzas, las necesidades que nos rodean, nos sacarán del reposo apartándonos de la fuente de poder. Mucho pueblo de Dios está lleno de actividades, *suda la camiseta*, como se dice en los deportes, olvidando que el sacerdote usaba pañetes de lino, precisamente para no sudar mientras servía en el Tabernáculo, porque el sudor es figura del esfuerzo propio (Ex. 28:42-43, Ez. 44:18); es por eso que los resultados son precarios.

La agenda de muchos ministros está saturada de actividades, sin embargo, el reino de Dios no se establece. La falta del reposo que da la esperanza, los mantiene inquietos. Necesitamos de la unción y de la adoración que derrame el poder de Dios; la obra divina encomendada a la iglesia, sólo se logrará con los recursos divinos, que se alcanzan mediante la esperanza. No debemos pretender que tenemos un buen nivel por nuestros propios medios, ni sentirnos satisfechos al compararnos con otros. Debemos aspirar a la perfección, compararnos con el modelo de Dios; sólo así, con metas altas y recursos de lo alto, lograremos poseer los lugares celestiales para reinar con Cristo. La intimidad de la esperanza nos es entregada en la recámara del Pentecostés.

LA RECÁMARA DE LA CONFIANZA

El tercer aposento alto que refiere el Nuevo Testamento, es el de la iglesia de Troas, en dónde Dios estableció los cuatro principios fundamentales de la fe.

Aquel domingo en la iglesia de Troas (Hch. 20:6-12) el apóstol Pablo predicó durante todo el día, sabía que no regresaría por aquellos lugares, como lo declaró después (Hch. 20:25); así que les quiso dar todo lo que fueran capaces de recibir; parecía no tener

límite y la iglesia le correspondió, nadie quiso perderse sus enseñanzas. Noten que el aposento alto de la fe estaba en el tercer piso de aquel edificio, eso puede prefigurar que la iglesia ya tenía amor y esperanza, recibidos en los dos aposentos altos anteriores y lo que Dios quería era establecerlos en fe.

El primer principio de la fe es: **fidelidad del pastor por las ovejas**. San Pablo fue muy elocuente al mostrarles con hechos la fidelidad que tenía hacia ese rebaño, lo digo así porque Lucas, el narrador, no registró sus sermones, pero sí dejó constancia del mensaje de su ejemplo, que era la semilla de la fe que Dios quiso establecer en ellos. Fidelidad es fe sostenida bajo presión, el apóstol les enseñó fe con su fidelidad: Ni cansancio, ni hambre, ni frío, nada le pudo disuadir; ni aun la muerte de un joven de la iglesia lo logró. ¡Eso es fidelidad! (Hch. 20:19, 24, 31, 35).

San Pablo testificó a Timoteo que Dios le puso en el ministerio por ser fiel (1 Ti. 1:12). Las iglesias necesitan urgentemente ministros fieles a Dios y a su rebaño (1 Co. 4:1-2). Las promociones en el reino de Dios están basadas en la fidelidad (Mt. 25:21). Fidelidad es la fe que ha sido probada y ha salido aprobada (1 P. 1:6-7). Dios nos predestinó según su presciencia, luego nos llamó, después nos elige (justifica y prueba) y posteriormente nos aprueba al ser hallados fieles, para hacernos partícipes de su gloria (Ap. 17:14, 1 Pp.1:2, Ro. 8:29); por eso el apóstol reconoció que Dios primero le fortificó, luego le tuvo por fiel, cuando tuvo que ser probado por fuego, y después fue confirmado como un ministro del Dios vivo. Una iglesia con ministros fieles será fundamentada en una fe viva (He. 13:7).

Eutico cayó de la ventana del tercer piso, de más de 10 metros de altura, debió de ser algo que trajo mucha consternación a todos, suficiente como para dar por concluida la ministración del apóstol y ponerlos a correr para tratar de hacer algo. San Pablo suspendió sólo por un momento su predicación, descendió, se tendió sobre aquel maltrecho cuerpo, dio una palabra de fe que al parecer no logró nada, porque el cuerpo siguió inerte; sin embargo, no se puso a orar y a reprender a la muerte hasta que el muchacho reviviera, sino que subió nuevamente al aposento alto de la fe y prosiguió su mensaje. Con ello les enseñó el segundo principio fundamental de la fe, que es: **Seguridad de gracia**. No dependía de él que Eutico se levantara, sino de Cristo; así que descansó por entero en la gracia de Dios.

Muchos se sienten seguros únicamente cuando han orado y ayunado mucho, el ayuno y la oración son de Dios, y debemos practicarlos lo más que podamos; pero nunca confiemos que es por eso que Dios nos responde, sino por lo que Cristo sufrió por nosotros, el Calvario es la única fuente de gracia, la cual fluye cuando dependemos por entero de los méritos de Cristo hechos durante su vida justa y refrendados por su sacrificio expiatorio. Cualquier valor que quisiéramos atribuir al ayuno y a la oración, o a cualquier otra actividad de índole espiritual, se lo tendríamos que restar a los méritos de Cristo. Si es por gracia no puede ser por lo que nosotros hagamos (Gá. 2:21, Ro. 4:4-5, 16, 11:6). Cuando ayunes, ores, ofrendes, o cantes, hazlo para adorar a Dios y no como una manera de obtener lo que necesitas.

San Pablo se movió en la seguridad que da la gracia y por lo tanto no le turbó que no se manifestara de inmediato lo que había confesado. Esa misma seguridad sentí cuando le dije al papá de Miguel que su hijo ya había sanado, era algo que no dependía de mí, o de mi vida espiritual, dependía por entero de la gracia, por eso sanó.

El apóstol Pedro declaró lo mismo cuando sanó el cojo que pedía limosnas en la puerta del templo “La Hermosa”, aclaró que no era por su virtud o piedad que había sanado, sino por la fe que es por el Señor (Hch. 3:12-16). Esto es Seguridad de gracia; sin la gracia nunca se manifestaría la Fe viva en alguien imperfecto como nosotros (Stg. 5:17-18).

Creo que después de lo que había pasado, a todo mundo se le espantó el sueño en aquella reunión, así que el apóstol disertó largamente (eso me consuela por ir contra los cánones y predicar largo); se dio a la iglesia sin reservas, fielmente. Horas después, cuando el apóstol dio gracias y participaron de Santa Cena, ya amanecía en Troas; pasaron toda la noche con el cadáver de Eutico, pero más conscientes de Dios que de lo pasado. Y fue hasta después de que San Pablo se despidió y se fue, que el joven abrió los ojos. Debió ser algo maravilloso para aquellos hermanos ver al mozo vivo. ¡Cuánto consuelo recibieron al verlo levantarse! Sus padres, sus hermanos, su novia, o la chica que quizá había estado orando por él como su posible pareja, la iglesia entera; todos pudieron participar y disfrutar del tercer principio que Dios les estaba mostrando por medio de la resurrección de Eutico, el cual es: Tener una **fe invencible**. Después de esa experiencia, ¿qué podría moverlos de su seguridad en Cristo? ¿Qué podría traer a su corazón turbación? El apóstol no llegó a ver aquel mozo vivo, pero se fue seguro de que viviría. ¡Qué firmeza nos da el ser establecidos en la fe de Cristo Jesús nuestro Señor! Elimina de nuestro léxico la palabra imposible. Sólo para dos personas no existe lo imposible, para Dios y para todo aquel que ha sido fundado en su fe; porque “para el que cree todo es posible” (Mr. 9:23).

El cuarto aspecto a considerar, es el por qué, si Eutico estaba tan cansado, no se había ido a recostar; indudablemente no quería perderse nada de lo que San Pablo les enseñaba aquella noche, prefirió acercarse a la ventana para que el aire fresco lo despejara un poco, sin embargo, su cansancio pudo más, un sueño profundo lo tomó y cayó por la ventana. Esta disposición de Eutico y de toda la iglesia para permanecer oyendo al apóstol, fue una manera muy elocuente de mostrar este cuarto principio de la fe: **Aprecio de las ovejas por el pastor**.

La fidelidad del pastor provoca fe en las ovejas, que con plena confianza lo seguirán; el pastor siempre va delante del rebaño, son los arrieros los que caminan detrás. La relación pastor-oveja se debe dar en fe, eso es lo que había en el corazón de todos, por eso nadie se movía para retirarse de la reunión; reconocían a Cristo a través de San Pablo y lo apreciaban de corazón (Gá. 4:14). Por ese principio es que él aceptó las muestras de aprecio que le prodigaron, cuando se despidió de todos los que vivían por aquellos lugares (Hch. 20:25, 37-38).

Por Moisés hubo duelo en Israel cuando Dios lo recogió, porque lo apreciaban mucho (Dt. 34:8). La fe nos permite reconocer la obra de Dios en los demás, así como aceptar que nuestros ministros son dones de la resurrección y exaltación de Cristo (Ef. 4:8-11) y reconocer que la fe nos ha sido dada por Dios prácticamente, al darnos ministros fieles (1 P. 1:21); nada ni nadie moverá a aquellos que por la fe están firmes (2 Co. 1:24).

He visto a muchos hermanos reprender a los demonios por largas horas hasta que la persona es liberada; no tengo mucha experiencia en ese terreno, pero prefiero dar una palabra de fe, vea o no vea el efecto en ese momento. Creo que la fe nos permite ejercer la autoridad que Dios nos ha dado. Varias veces he visto cómo la palabra dada se cumple. Cristo maldijo la higuera y al parecer nada pasó, pero en el acto las raíces se

murieron, la evidencia se manifestó hasta el día siguiente, cuando constataron que la higuera estaba seca. Cristo dijo: “No dudéis en vuestro corazón y os será hecho.” (Mt. 21:19-22, Mr. 11:13-14, 20-24). No ores hasta que veas, sino hasta que creas.

Dios nos está estableciendo sobre la Roca, nos está llevando en este tiempo por la experiencia de estos principios de Fe, de Esperanza y de Amor. En otra oportunidad, veremos las doce disciplinas que Dios aplicó sobre Israel en los desiertos en su trayecto a Canaán, para establecer en ellos los mismos doce principios que ya hemos visto. El apóstol Pablo enseña que lo que a ellos les pasó en los desiertos, es figura para que nosotros evitemos las cosas que ellos hicieron mal, y que poseamos nuestra tierra de promesas, de esa manera podremos estar firmes (1 Co. 10:1-12), y estaremos edificados sobre la Roca., como la verdadera casa de Dios, por la que Él viene muy pronto.

-----o-0-o-----

CUADRO SINÓPTICO DE LOS DOCE PRINCIPIOS FUNDAMENTALES

CRISTO LA ROCA ANGULAR	APOSENTO ALTO DE LA PASCUA (AMOR)	SUMISIÓN AL SEÑORIO DE CRISTO
		EL DAR DE CRISTO
		LLEVAR EL VITUPERIO DE CRISTO
		UNIÓN CON CRISTO
	APOSENTO ALTO DE PENTECOSTÉS (ESPERANZA)	NO APRESURARSE
		LLENURA DEL ESPÍRITU SANTO
		HABLAR EN OTRAS LENGUAS
		TESTIFICAR CON PODER
	APOSENTO ALTO DE TROAS (FE)	FIDELIDAD DEL PASTOR POR EL REBAÑO
		SEGURIDAD DE GRACIA
		FE INVENCIBLE
		APRECIO DE LAS OVEJAS POR EL PASTOR